

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2005

Lunes 9 de mayo en Villa Unión, provincia de La Rioja.

Otro idioma

Por Gustavo Varela

Una clase de italiano en Dinamarca. Allí, ocho vidas solitarias se reúnen y conforman un grupo, una manada con sentido propio. En ninguno de los alumnos el interés por el idioma tiene el lugar de herramienta, a ninguno de ellos le interesa saber italiano para mejorar su productividad ni el saber que van adquiriendo tiene un función utilitaria.

Son ocho vidas particulares que se reúnen sin más que por estar ahí, cada uno con sus diferencias, sus secretos, sus miserias, vidas privadas convocadas por un lazo pedagógico.

¿Cuál es el misterio de la reunión? ¿Qué es lo que hace que los hombres sean gregarios, que necesiten de otros, que se afirmen en un vínculo?

La película **Italiano para principiantes** hace del ámbito social, del lugar del encuentro un escenario de resolución y no de conflicto. La institución, el aula, no aparece como el revés de la vida privada sino como el lugar del puro deseo, sin deudas, donde cada uno de los alumnos, todos ellos adultos, aprenden un idioma, otro diferente del propio, que los vincula no desde la competencia sino desde la ignorancia y por el solo interés de estar allí, balbuceando un poco de italiano.

Se enfrentan entonces el idioma de lo singular, de la vida privada, el de la miseria personal o el dolor, el idioma del abandono o de la muerte, con otro, que es necesario aprender a hablar; el danés por un lado y el italiano por otro. Dos idiomas, el personal y el de conjunto, en uno con un saber avezado; el otro, siempre para principiantes. En uno, gélido; el otro, vehículo de la pasión y el amor.

Vivir con otro significa siempre aprender a hablar otro idioma, uno que es siempre balbuceante, nuevo, dispuesto al error. El lazo social entre los hombres siempre tiene detrás de sí el fantasma de su

indeterminación, a pesar de los esfuerzos que ha hecho la historia del pensamiento por encontrar formas rígidas y estables que permitan edificar razones firmes para construir un vínculo social fuerte.

En el origen mismo de la filosofía está este problema y si la filosofía aparece como literatura política es en razón de entender una forma de administrar las relaciones. Ser filósofo significa no ser sabio, es decir, saber que no somos dioses, que el destino es un enigma que acaso el pensamiento pueda develar, pero principalmente que tenemos un problema en la mano que debemos resolver: ¿Cómo debemos vivir para poder ser felices? O, lo que lo mismo: ¿Cómo ser uno entre muchos?

Platón, el primero que hace de la filosofía un ejercicio escrito, es un pensador desesperado. Sabe que su ciudad, su estado político, Atenas, está muriendo; ha vivido su esplendor, ha dado a Homero, a Pericles, a Esquilo; historiadores, poetas, sabios. Y sin embargo, su decadencia parece irrefrenable. Allí escribe Platón, allí inventa a la filosofía como literatura, incluso contra el predicamento de su maestro. ¿Para qué? Para salvar a la polis, para tratar de encontrar una forma en que la sociedad pueda ser dichosa sin necesidad de destruirse. Debemos reformular el lazo que nos une, parece decir Platón. No sirven los apetitos, ni los deseos singulares, ni la voluntad vanidosa del brillo personal. Es necesario encontrar una amarra de sentido donde la vida social se ate, un universo de valores que hagan de la polis un estado eterno, que no esté sujeto a la voracidad ni a la glotonería de los hombres. En clave de **Italiano para principiantes**, se trata de aprender un nuevo idioma, no sostenido sobre lo ya conocido, lo que los deseos nos

ofrecen, sino otro, de otro ámbito, un universo distinto puesto en el propio. Entonces la historia del pensamiento comienza a cabalgar el tiempo sobre esa única preocupación, de hacer de la sociedad, de la reunión de los hombres, una comunidad que trascienda el tiempo. La misma inquietud de Platón es la que tenía nuestro Mariano Moreno, cuando traducía el libro Las Ruinas, de Volney. En aquel texto un hombre que caminaba por el desierto se enfrenta con las ruinas de un imperio y allí dice: pensar que aquí han existido hombre que creían que el imperio en el que vivían era eterno. Esto se preguntaba Moreno cuando la revolución de mayo ya había acontecido y era necesario reforzarla, era preciso encontrar un lazo que no fuese sólo el deseo de ser libres sino otro, uno que garantice permanencia y continuidad.

Pero volvamos a Platón: si la comunidad necesita de un principio trascendente para sostenerse es claro, porque la misma realidad política lo muestra, que no es posible derivarlo de las pasiones humanas. Es preciso otro fundamento, una idea matriz y una forma de acceder a ella. Y aquí, la gran apuesta del pensador griego: lo eterno, lo trascendente, se hace presente en el alma de los hombres en el ideal del Bien, un principio que sólo emerge en los vínculos sociales, en la relación de unos y otros. Por ello la educación, la paideia, es su forma de acceso, porque en ella transita el amor y la entrega, el dejar de ser quien se es para ser con otro. A través de la educación es posible reconocer la propia naturaleza, saber cuál es el lugar de cada uno en la comunidad. Pero no a fuerza de una geografía previamente determinada sino por medio de la filia, del amor, amor a la verdad, amor a la polis, amor al maestro. La educación es el canal a través del cual fluye, de uno a otros, no el saber sino el amor como forma de amalgama entre los hombres. El fin es conformar un lazo social que permita predicar la identidad colectiva de las vidas singulares, es decir, que cada uno se reconozca por su pertenencia a una comunidad y no por sus propios apetitos o desgracias.

De alguna manera **Italiano para principiantes** guarda este mismo principio de reunión. Es en un aula, no a través de la transmisión de un saber académico, sino en el diálogo, en la conversación, la forma en que se edifica un lazo común de sentido.

Incluso el docente a cargo muere, y ante la amenaza del cierre del curso, los alumnos siguen yendo, y permanecen sentados en sus butacas frente a un escritorio vacío. Y no obstante ahí están, una vez, otra, sin clases que escuchar. Y sin embargo están.. ¿Por qué? ¿Qué los convoca? No es sólo el querer aprender un idioma, sino otra cosa. Tampoco la necesidad de resolver sus historias privadas. La clase no aparece con un fin terapéutico sino que se va conformando lentamente un vínculo que trasciende las vidas privadas. La forma que toma ese vínculo es un idioma que todos están aprendiendo, el lugar donde las diferencias personales se resuelven. Y es que en realidad no están aprendiendo sólo el italiano sino a construir relaciones, donde el aula es el lugar de un encuentro edificante que sobre el final de la película mostrará al amor como su cara más visible. La filia platónica nos abre a un ámbito de valores que trascienden las prácticas y que nos vinculan con lo eterno. El Bien, la Verdad, la Belleza, son todas mayúsculas que toman forma para los hombres a través de la educación y sobre ellos se edifica la posibilidad de una comunidad social. Ahora bien, la modernidad, con el descubrimiento de la razón como motor en la producción de sentido, modifica esta forma de entender los valores y abre un nuevo dispositivo de comprensión. Ya no es ni la cualidad ni un ámbito extra mundano el fundamento de las prácticas sino la abstracción y el cálculo. La razón divide a la naturaleza, la apropia y la hace a su modo, la explica en una cuadrícula, la secciona. Lo ambiguo, lo indeterminado pasa a ser un campo de conquista cuando la verdad adquiere la forma de una máquina abstracta. Entonces la identidad social se transforma en un problema de acuerdos, efecto de la abstracción que es el estado moderno. Debemos contratar, es decir, entender qué entregamos y qué recibimos, un debe y un haber en las relaciones, delegar, enajenar, un cálculo económico para la construcción de acuerdo ético. Los valores se convierten en papeles de cotización que garanticen una base de paz para la conformación de una sociedad cuantificada. El reloj es la máquina de disección de las necesidades vitales y la regularidad el signo de la perfección. Hasta el dios cristiano se convierte en el garante de una vida económicamente próspera. ¿Dónde

quedan los valores? ¿Qué sentido toma la educación? La redefinición del hombre como naturaleza racional inaugura una nueva mirada pedagógica que se inicia con Rousseau y que llega hasta nuestros días bajo el rostro del humanismo. La naturaleza humana se transforma en un problema que la razón puede resolver. Hay una nueva forma de comprender la identidad que ya no responde a principios trascendentes sino a la misma inmanencia que la razón ofrece. El hombre debe ser aquello que es, es decir, aquello que la razón descubre como sentido de vida. Y desde allí, dos posiciones: o bien la educación da cuenta de nuestra propia naturaleza y nos muestra la falsedad de todo contrato civil; o bien, a través de la educación nos convertimos en verdaderos ciudadanos cuyos fines políticos se harán manifiestos en una sociedad iluminada. Rousseau y Kant en las puertas del pensar moderno, una nueva comprensión de los valores que tendrá como principio final lo mismo que la razón creía conseguir con su acción: Libertad. Conocemos, amamos, toleramos, fundamos un estado, nos educamos, todo para ser más libres. Otra forma de ser de la verdad, esta vez con la sentencia ética de la libertad como forma fundante. La ignorancia es esclavitud, dependencia a una alquimia improductiva, sometimiento a la oscuridad, vivir entre sombras. La educación ilumina porque los valores a los que conduce son los que alumbran un mundo verdadero, que ya no está en el más allá sino en este, por el que podemos progresar bajo el tiro de una razón que cabalga delante nuestro, siempre. La educación tiene como fin la libertad y su garantía de llegada es que el camino a seguir está escrito con caracteres matemáticos, como la naturaleza galileana. El amor griego se hace Fraternidad entre iguales, es decir, entre todos los miembros de una sociedad civil. El modelo valorativo de la modernidad iluminista espera su sanción política, que llega de la mano de la Revolución Francesa. Entonces los valores se universalizan, porque la razón es patrimonio de todos y el progreso un vademecum cuyo efecto terapéutico es la felicidad social. **Italianos para principiantes** parece desoír el llamado esperanzado de la sociedad moderna. Ni el que trabaja, ni el pastor protestante, ni el empleado, parecen buscar su felicidad en el progreso que la sociedad

industrial ofrece. Al contrario. La insatisfacción personal es grande, el desacuerdo con el contrato funcional que la sociedad ofrece se manifiesta de diversos modos. Si la razón medica tiene formas de mantener la vida adelante, el afecto decide otra cosa y hasta la muerte es entendida por amor; si el trabajo exige el control de las pasiones, aquel que sea hybris, exceso, no podrá permanecer en él; el empleo en una panadería hace que sea imposible detener la máquina productiva a pesar de la muerte de un ser querido. El proyecto de la libertad moderna parece encontrar sus paradojas en las vidas privadas.

En las primeras décadas del siglo XX, Europa se ve a sí misma, ve en el fondo de su lago de sueños un rostro cruel, deformado, mutilado por una bayoneta o una granada. La razón encuentra su efecto menos deseado en la guerra total, la que mueve estados enteros detrás de un proyecto racional de muerte. Un plan sistemático de matanzas humanas, campos de exterminio gobernados por químicos y biólogos, toda una industria dispuesta a los fines de la tortura y la destrucción. ¿Es este el efecto que queríamos? ¿Es esta la sociedad racional que sabía y conocía su destino de libertad segura? La razón ha progresado hasta su inversión. El irracionalismo nazi tiene una base racional de sustentación. Si en nombre de la libertad se encarcela y en nombre de la igualdad y la fraternidad se suprime toda diferencia, los valores ofrecidos por el iluminismo fracasan en menos de doscientos años. El humanismo, como un remedo del proyecto moderno, también ahoga su oxígeno sobre las mismas aguas.

¿Relativismo, ausencia de valores? ¿Cuál es el fin de la educación? ¿Para qué enseñar? **Italianos para principiantes** muestra una sociedad danesa contemporánea, de posguerra, con nada de esperanza. Sus miembros parecen que sólo tienen el fin de permanecer, sin estar sostenidos en una vocación de cambio, ni social ni personal. Sólo un pequeño síntoma de deseo: aprender italiano. Algo sin grandilocuencia. No se trata ni de cambiar la sociedad, ni de denunciar sus falencias, ni de fundar un movimiento revolucionario. No, nada de eso. Apenas se trata de aprender italiano, nada más. Ninguno piensa que un nuevo idioma le va a dar otro sentido a su vida. Y sin

embargo, en esa pequeña marca, en una clase de una vez por semana, está la posibilidad de ser otro, con otro, de fundar un vínculo nuevo de sentido.

El escepticismo no es el efecto necesario de una sociedad que ha abandonado viejos valores. La educación permanece en pie, aunque desprovista de hazañas y sin fines que la excedan. Apenas ser una espacio de

amalgama afectiva, ni más ni menos, un lugar de encuentro amoroso, donde no se reproduzcan valores vencidos sino que se funden otros. La amistad, el amor, la filía, tal como la entendían los griegos, a partir de la cual es posible construir sentido social. Efectos más pequeños comparados con los monumentos modernos, aunque tal vez más reales. Y entonces, más contundentes.